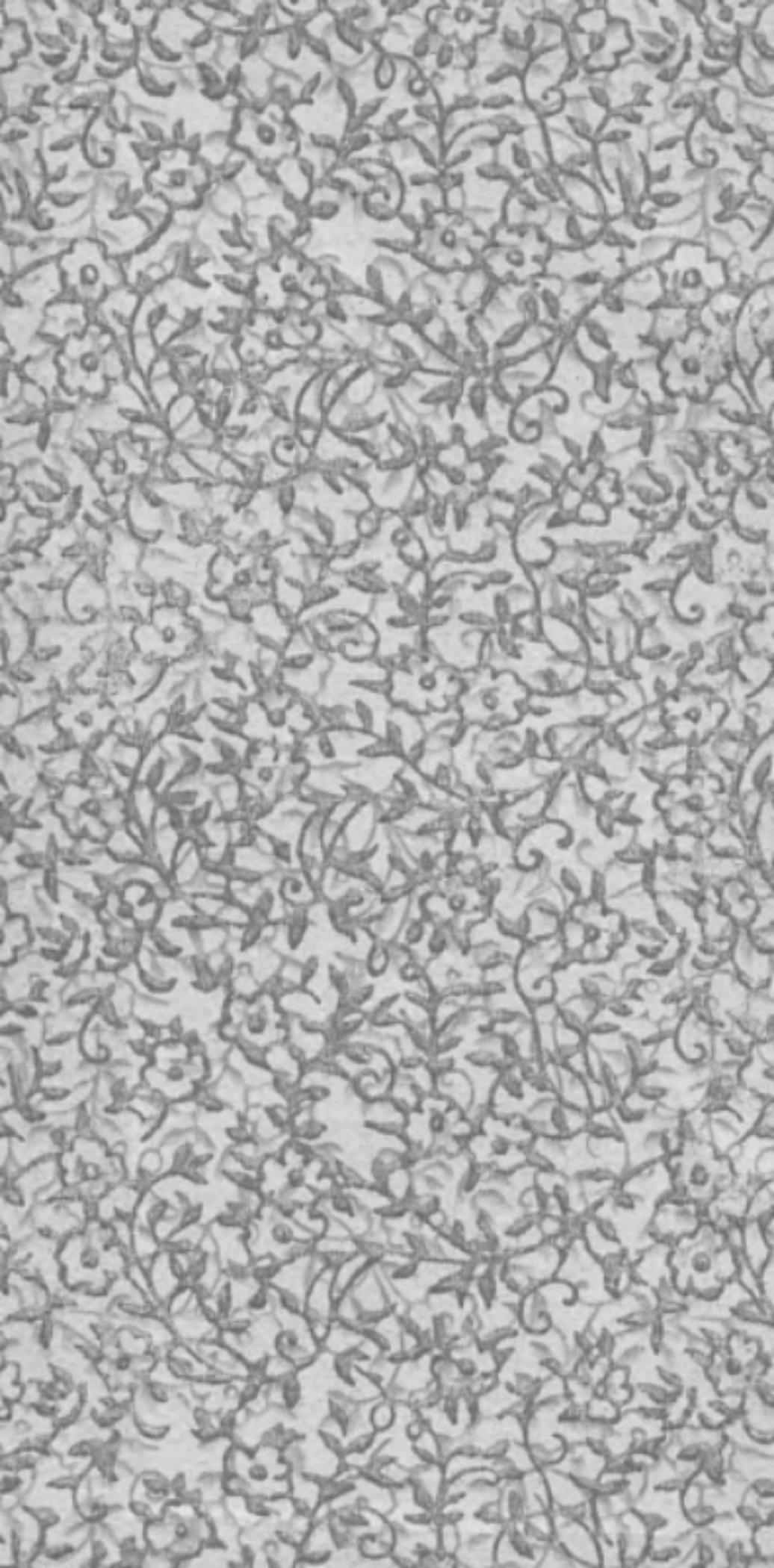
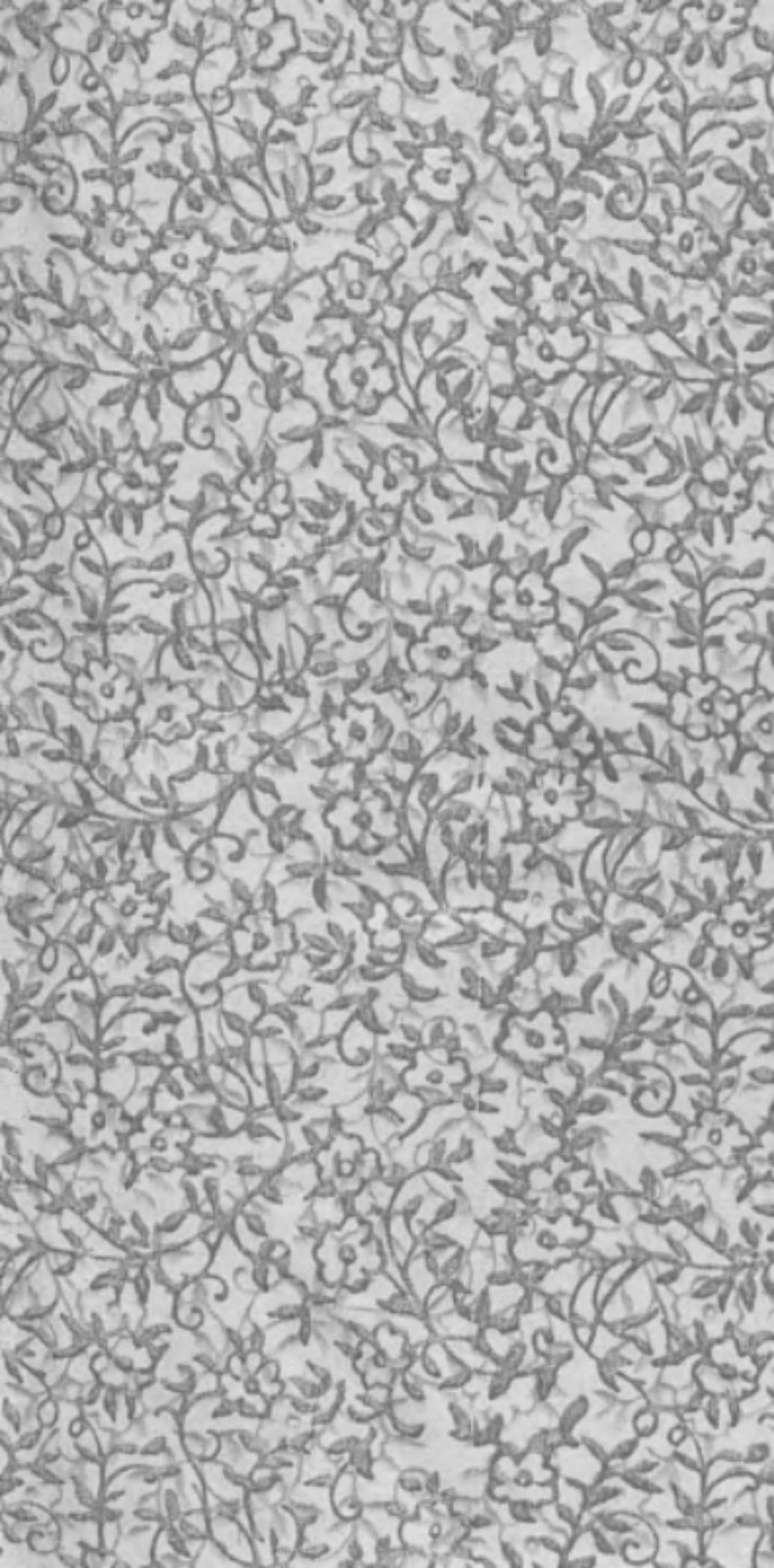


10
A
1
10







Caja
Reserva 27

A. 20 20 20

Biblioteca Mignon

R. BECERRO DE BEGONA

EL RECIEN NACIDO

(HISTORIA INCREIBLE)

Ilustrada por el mismo autor



MADRID

R. RODRIGUEZ SERRA, EDITOR
Palma Alta, 55 dupdo.

1900







BIBLIOTECA MIGNON

EL RECIEN NACIDO

Biblioteca Mignon

VOLÚMENES PUBLICADOS

I. Vicente Medina.—*Aires murcianos* (poesías).

II. Armando Palacio Valdés.—*¡Solo!* (novela).

III. Clarín.—*Las dos cajas* (novela), ilustrada por Francisco de Cidrón.

IV. Ricardo Wagner.—*Historia de un músico en París* (novela). Traducción de Lassalle.

V. González Serrano.—*Siluetas*, con retratos y autógrafos de Revilla, Campoamor, Clarín, Palacio Valdés, Picón, Cavia, Bonafoux, Fray Candil, Martínez Ruiz, etc.

VI. Juan Valera.—*El pájaro verde* (cuento), ilustrado por Leal da Cámara.

VII. Luis Bonafoux.—*Risas y lágrimas*, ilustrado por Torres García.

VIII. Jacinto O. Picón.—*Cuentos*, ilustrados por Sáiz Abascal.

IX. R. Becerro de Bengoa.—*El recién nacido* (historia increíble).

EN PRENSA

X. J. Ortega y Munilla.—*Tremielga*.

Vicente Medina.—*Aires Murcianos*.—**Segunda edición**, con nuevas poesías y retrato del autor.

IX

Biblioteca Mignon.

R. Becerro de Bengoa.

EL RECIEN NACIDO

(HISTORIA INCREIBLE)

Ilustrada por el mismo autor



MADRID

S. RODRIGUEZ SERRA, EDITOR

Palma Alta, 55 dupdo.

1900



R. BECERRO DE BENGOA



EL RECIEN NACIDO

—

HISTORIA INCREIBLE

I

Una tarde de Agosto del año pasado, 1870, llegué rendido de correr por las montañas á la barriada de Berunegui, en las minas de San Blas, cerca de la villa de Legutiano, á la sazón en que marchaba hacia el ce-

.....

menterio un cortejo de aldeanos acompañando al cadáver de un niño que, rodeado de flores y recostado en una almohada, era llevado por una anciana, en un cunacho sobre la cabeza, á estilo de aquella tierra.

—¿De quién es la criatura?—pregunté.

—Nadie lo sabe, señor,—me contestó un aldeano— ¡Cosa más rara no se ha visto nunca! Lo hallaron vivo, desnudo, allá en la cañada, hace cosa como de dos años; lo recogieron en la casa de Gusurrandi, y poco á poco se ha ido encogiendo, dejando de mamar y poniéndose colorado como si acabara de nacer. ¡Cosa rara! Tiene arrugas en la cara como un viejo y los dedos de las manos quemados y manchados, como los que fumamos en pipa.

Excitada sobremanera mi curiosi-

.....

dad, me uní al acompañamiento con objeto de ver el cadáver. Antes de depositarlo en la fosa, mientras las mujeres rezaban y lloraban, lo examiné. El aldeano tenía razón: aquella criatura presentaba un aspecto incomprendible. Suponeos un recién nacido con la frente y las mejillas tostadas y llenas de arrugas duras y callosas, con una expresión marcada de inteligencia en sus ojos entrecerrados, y con la yema de los dedos índice y pulgar de ambas manos amarillentas y ennegrecidas, cual la de los fumadores viejos.

Enterróse al niño, hicieron mil aspavientos las mujeres, y volví á Berunegui con los del entierro, para pasar la noche en la casa de Gusrandi.

—¿De qué ha muerto ese niño?
—pregunté á los caseros.

—¡Ah, Sr. Ricardo!—Contestó el ama de la casa—, eso debe ser cosa de *sorguiñas* ó brujas, porque cosa más rara nunca se ha visto en el mundo entero. Cuando lo recogimos en el campo, comía bien, pan de maíz, carne picada y potaje; después se le cayeron cuatro dientes que tenía, y dejó de comer, y dejó de conocerlos y de fijarse en las personas, y tuvimos que darle de mamar, y hasta eso se le olvidó en estos últimos días que ha vivido. Antes era bastante grandecito, y poco á poco se ha ido quedando en la mitad. Lo más raro es que miraba como un hombre, y se movía como si quisiera hablar, y estaba siempre agitado y parecía que entendía todo lo que hablábamos.

—Y ¿No sospecha usted de dónde pudo venir?

—No, señor. Un día al volver del trabajo, le hallamos desnudo entre un montón de ropas viejas. Nos dió gran lástima y lo recogimos. Entre las ropas tenía un rollo de papeles y una pipa.

—¿Dónde están esos objetos?

—En un baúl los tengo—añadió el casero—; como yo no sé leer, jamás he pensado sacarlos de allí. Además, un día se los enseñé al señor cura y me dijo que estaban escritos en un vascuence que él no entendía.

—¡Vengan, vengan!—exclamé yo lleno de gozo.

—Los traeré, si, señor; pero nos los leerá usted á todos, ¿eh?

—Sí, amigo Gusurrandi, á todos, y todo lo claro que se pueda.

—Cenemos primero —dijo el ama, levantándose de su asiento.

Así lo hicimos, durante el crepúsculo, bajo el hermoso emparrado de la huerta. Cuando anocheció, encendieron un candil, lo pusieron á mi lado, cargaron y encendieron también los hombres sus pipas, se arreglaron las mujeres las puntas de sus tocas y los pliegues de los delantales, hicieron todos un ancho corro, sentándose en las sillas de madera alrededor de mi, y yo, desarrollando el atado de papeles que me dió el casero, y que estaba compuesto de múltiples hojas de diversas épocas, tamaños y letra, los puse en orden y leí, con creciente curiosidad y asombro mío y de cuantos me escuchaban, lo siguiente:

«Acababa de cumplir mis ochenta y cinco años el 20 Agosto de 1785, y me hallaba en la cocina de mi hermoso caserío, sentado á la mesa con

.....

don Juan Manuel de Ursúbil, afamado curandero del país, hombre de muchos estudios, y al cual desde muy joven traté con intimidad.

Mis hijos y mis nietos se habian retirado ya á su casa, después de celebrar aquella noche el aniversario de mi nacimiento, y solos estábamos en mi vivienda el curandero y yo y una criada vieja que me servía. Era la una de la mañana, y llevábamos fumadas ya treinta y cuatro pipadas, y bebidos cinco jarros de sagardúa ó vino de manzanas. Era yo entonces fuerte y valiente como un roble; animoso y de privilegiada constitución; y, sin embargo, con tanto beber y tanto fumar, empezaba mi cabeza á tambalearse y mis ojos á ver visiones. El curandero se encontraba aún peor que yo. Más de una hora hacía que no cesaba de hablar

de humores, clavículas, sistemas, emplastos y otras cosas, de las cuales yo no entendía una palabra. Yo le escuchaba callando.

—¿No me contestas?—me preguntó.

—¿Qué te he de contestar?

—Dime algo, hombre. ¿En qué piensas?

—En quo ya soy muy viejo y duraré poco.

El curandero dió un puñetazo en la mesa; se echó á reir y exclamó:

—¡Poco! ¡Qué barbaridad! ¡poco! tú puedes vivir todo lo que se te antoje.

—¿De veras?

—De veras; yo tengo un secreto seguro para no morirse nunca; pero temo á la Inquisición y á los frailes, si lo supieran me tendrían por brujo y no lo pasaría bien.

—Juan Manuel, ¿me lo dices de veras?

—Y tan de veras; ¡oh, si encontrase yo uno que no se quisiera morir.

—Muchos hallarás.

—Estás en un error. Los hombres son muy raros en su modo de discuir; temen á la muerte, pero temen más la operación que tienen que sufrir para no morir; es decir, que aun sabiendo que no van á morir, quieren mejor morir que no padecer por algunos días. ¡Son unos bárbaros!

Mi cabeza ardía. Aquel hombre sabio se expresaba con tal convicción, que se me figuraba que la muerte no existía ya. Sentía dentro de mí una satisfacción incomprensible. Los ojos de beodo del curandero me parecían los destellos de un sér supe-

rior y maravilloso, que iba á lanzarme en una existencia sin fin.

Bebimos algunos vasos más. El humo de nuestras pipas llenaba la habitación. La criada dormía sentada en el suelo, junto al hogar, habiendo dejado caer á un lado la calceta que tenía en las manos, y con cuyo ovillo jugaban alegremente los gatos.

—¿Y por qué no haces la prueba contigo?—pregunté al curandero.

—¡Vaya un disparate! ¿Cómo me he de operar yo mismo si necesito para hacerlo el concurso de toda mi observación, de toda mi salud y de toda mi fuerza?

Callamos un breve rato. Mis ochenta y cinco años me pesaban demasiado, conocía que me llamaba irremediabilmente una vida nueva; me decidí

—¡Yo quiero no morir!—exclamé levantándome de repente—; ¡dispón de mí!

—¡Corriente!—contestó Juan Manuel, frotándose placenteramente las manos—. De aquí á otros ochenta ú ochenta mil años, volveremos á beber sagardúa el 20 de Agosto.

Después se levantó tambaleándose, me cogió del brazo y dijo:

—¡Vamos!

II

—¿A dónde?

—A mi casa; esta misma noche quedará hecho todo.

—Vamos.

Y en mangas de camisa, conforme me hallaba, nos dimos el brazo, y pegando tropezones en todas partes, nos dirigimos á su casa.

Abrió la puerta de un empujón, encendió lumbre con un pedernal, dió fuego á la mecha de un candil que había colgado en el primer poste de la escalera, y subimos á su habitación. El curandero colgó el candil, se quitó el sombrero y la chaqueta, tiró del cajón de una mesa, del cual sacó un aparato compuesto de gruesos alambres, vendas y veji-gas con llaves de madera, y arremangándose los brazos, trajo una cama desde la alcoba inmediata al centro de la estancia, puso en el suelo, al lado de ella, una enorme caldera de cobre, y me dijo sonriendo:

—Échate largo en esta cama y... no te muevas.

Apagué mi pipa, sacudiéndola boca abajo contra la pared, la guardé en la faja y me tumbé en la cama, estirándome todo lo que pude. El

curandero sacó su lanceta, me tanteó el brazo izquierdo y me hizo una ancha incisión en una vena.

Empecé á oír el ruido del chorro de sangre que caía en el caldero. Mientras tanto Juan Manuel preparó su extraño aparato. En esta operación debió de transcurrir más de un cuarto de hora. Mi sangre continuaba saliendo, y yo me sentía horriblemente desfallecido. La borra-
chera del sagardúa se me había despejado por completo. De cuando en cuando el curandero me tomaba el pulso y decía, prosiguiendo su trabajo:

—¡Más! ¡más!

Y volvió á pasar qué sé yo cuánto tiempo!

Llegó al fin un instante en el que noté que no podía moverme: tenía sed; no acertaba á articular una pa-

labra, y sólo continuaba oyendo el monótono ruido de la sangre que caía en el caldero. Veía bien: veía extraordinariamente; tal era la extraña claridad que había acudido á mis ojos. El curandero volvió á pulsarme.

—¡Bueno! ¡Un poco más... y basta!—exclamó.

Y se quedó mirándome por un buen rato.

Después ligó la herida, me puso su mano sobre el corazón, se sonrió, y tomando un trozo pequeño de lienzo empapado en agua, me lo introdujo en la boca hasta la garganta, empujándolo con el mango de una cuchara de palo. Luego me tapó las narices con unos pedazos de estopa húmeda.

¡Así! —decía— así estamos bien. Ahora, á respirar poco, muy poco,

.....

casi nada; que no se mueva á penas el corazón; llegaremos hasta un paso de la muerte, pero sin tocarla.

Yo me encontraba en un estado indescriptible: no sentía dolor alguno; se me figuraba que no tenía cuerpo, porque solo en la cabeza notaba calor y vida, y sufría una gran opresión en el pecho, como si las costillas se me desgajaran y como si me punzaran en todas las articulaciones, cuando cada cinco minutos aspiraba un poco de aire al través del trapo humedecido. Mi cabeza abrasaba y las tardías pulsaciones del corazón se reflejaban en mis siene; y en mis oídos como golpes de martillo.

Juan Manuel, después de contemplarme, trajo un jarro lleno de sidra y bebió de él un gran trago.

— Es preciso—añadió—que mi

pulso no tiemble. ¡Oh, amigo! ¡Cuántos robles de doscientos años tendrás que ir echando al fuego después de haberlos plantado tu mismo! Luego que hayas vivido unos años yo te enseñaré mi secreto y me operarás y seré también inmortal. ¡Oh, los frailes! Esos lo oyen todo. ¡Si habrá por aquí alguno que me escuche!

Y al decir esto, miró por todos los rincones de la habitación, abrió y cerró cuidadosamente la ventana, y volvió á poner su mano sobre mi corazón.

—No te falta para llegar á la muerte más que el grueso de un pelo, pero ese grueso no lo hemos de pasar.

Salió de la habitación y volvió al poco rato con un nieto suyo de cuatro años en los brazos. El hermoso

niño parecía estar completamente adormecido.

Lo acostó junto á mí, se hizo la señal de la cruz y me tapó los ojos



con un pañuelo. Luego debió sentarse en el borde de la cama, y mientras nos contemplaba, dijo con voz gangosa y entrecortada:

—¡Esto va muy bien!... ¡Pues, es claro!... El almacén de mi amigo es viejo, está carcomido por el tiempo; tiende á la muerte; no en los huesos, que duran siglos y siglos, sino en la sangre, que está completamente gastada. Pues bien, renovemos el almacén con otro nuevo, bien nutrido, que tienda á la vida. Buena savia y buen jugo producen buena planta; la riqueza es la vida, la pobreza es la muerte; en el hombre viejo el caudal está agotado y se muere de pobreza. Si yo voy sin dinero á la taberna no me dan ni un sorbo; pues, es claro, si la carne y los huesos no cobran, se contraen, se arrugan y se secan. La vida no cabe en un cuerpo estrecho, roto y acartonado. ¡Tú vivirás, amigo mío! Mi plan se les habrá ocurrido á muchos, ¡pero!... Este ¡pero! es la fórmula de la igno-

rancia y de la timidez de la humanidad. Yo soy un hombre muy grande; es verdad que no he leído ningún libro, ni he estudiado con nadie, ¡pero!... ¡dale con el pero! La sangre en movimiento es como el virus generador: si le toca el aire, se esteriliza; es como el pez: si se le saca al aire, muere. Este es el problema actual; que el aire no toque á la sangre regeneradora; que pase pura, caliente, llena de vida, latiendo poderosa, desde el corazón del niño al del viejo, próximo á la muerte. ¡Ah! esto es prodigioso y no ofrece ningún peligro; el viejo pierde su sangre; ahí está en el caldero y parece barro; esos son ochenta y cinco años, con todas sus picardías y dolores; ese es el armazón carcomido. El niño va á transmitirle la suya casi en totalidad; más no importa;

permanecerá débil por ocho días, y, al cabo de ese tiempo, la poca que hoy le quede se habrá multiplicado y el niño vivirá robusto. La sangre es fuego; una sola gota sirve de base á una vida, y ésta á una generación entera. ¡Qué somos nosotros, más que una gota de sangre transformada!... Yo ya sé que hay doctores en Salamanca, en Oñate y en Alcalá que se reirían de mí. Ese es uno de los privilegios de los hombres de ciencia: el poderse reir impunemente de los demás, tengan ó no razón. Cuando mi amigo cumpla los dos mil años, ¿dónde estarán los doctores de Salamanca? ¡Entonces sí que nos reiremos de ellos!...

Puso de nuevo la mano sobre mi pecho. Mi corazón apenas latía; el ruido de mis oídos se había amortiguado.

—¡Ya es hora!—exclamó—. Ya no sentirá nada.

Y después de descubrir mis ojos, tomó el extraño aparato que tenía sobre la mesa, y me envolvió el cuello con sus vendas, haciendo la misma operación con el niño, que continuaba inmóvil á mi lado. Sacó de un puchero un unto negruzco, con el cual dió á todas las llaves, y con el cual me circundó también la garganta, excepto por un costado, donde por medio de una ventosa hizo un cucurucho con mi piel. Las vejigas estaban completamente estrujadas, y los tubos en que terminaban se habían adherido fuertemente á mi cuello y al del niño. El unto negruzco adquirió pronto la consistencia de la goma seca. De entre los alambres que constituían el aparato salían dos muy gruesos, largos y re

forzados, los cuales agarró el curandero con ambas manos. Dió al fin un tirón como queriendo separarlos, y entonces sentí en el cuello, en el lado de la ventosa, un dolor agudo como si me hubieran herido profundamente.

El niño hizo al mismo tiempo un terrible estremecimiento.

Después, ya no vi más; una nube pasó por mis ojos y me cegó. Sólo oí que Juan Manuel se frotaba las manos y decía:

— ¡Ya late, ya late! ¡Veinte años de pensar y discurrir en ello! ¡No entra el aire; el aire está vencido; también venceré á los frailes y á los doctores! ¡Ya late! Aquí hay dos cuerpos confundidos en uno solo; una vida joven que resucita á otra ya caduca. ¡Oh placer! ¡Una hora y cinco minutos bastan!

Y cuando calló, sentí que cogía el jarro y volvía á beber.

Al día siguiente me hallé tendido en el mismo lecho y muy cuidadosamente tapado. Al abrir los ojos vi ante mí al curandero que se sonreía: quise hablar y no pude; mi amigo se llevó el dedo índice á los labios y meneó la cabeza como indicándome que me era imposible pronunciar una palabra. Luego me dijo:

—¡Somos felices! Ya tienes dentro de ti la savia regeneradora; ahora empiezas á vivir como si tuvieras sólo cuatro años.

Me pulsó con mucho detenimiento y continuó hablando:

—¡Calentura terrible! La sangre nueva late en ese cuerpo como el torrente en el canalón carcomido del molino. ¡Ciento diez y ocho pulsaciones! ¡Oh, cuánta vida! la fiebre

.....

durará quince días: hasta entonces sólo tomarás leche, que te empezaré á dar pasado mañana. Mi aparato es una maravilla, y mi saber un portentoso; mi pobre nieto también descansa, y aún tardará seis días en volver á recobrar su salud y su fuerza.

III

Llamaron á la puerta, y entró mi criada vieja, Mari Antón.

—¿Qué ha sido de mi amo?—preguntó.

—Aquí le tienes: está un poco indispuesto, porque anoche se empeñó en acompañarme, dió un tropezón y...

—¡La sagardúa maldita!

—No, señora, la obscuridad tuvo la culpa.

—¡Pues ustedes bien alumbrados

debieron venir! ¿Y es cosa de cuidado lo de mi amo?

—¡Poca cosa! Se le salieron dos costillas de su sitio. Dentro de unos quince días estará ya bien. No te apures, porque ya ves, ¿qué puede temer á mi lado?

Mari Antón se fué tan conforme.

—¡Pobre vieja! —dijo Juan Manuel—. ¡Cuántas nietas tuyas tendrán que servir á tu amo! ¡La sagardúa! ¡Je! Ya se puede convertir en sagardúa el mar de Bermeo, porque sino, no vamos á tener bastante para los dos.

Marchó á hacer sus visitas, y por espacio de muchos días volvía de hora en hora á pulsarme, á hablar consigo mismo y á darme leche, poniéndome en la boca un trapo bien empapado, que yo chupaba con avidez. Mi estado era extraordinaria-

mente raro: sentía gran calor en todo el cuerpo; me aquejaba un estremecimiento general cuando aspiraba el aire, con ligeros dolores en el pecho, en los costados y en la espalda, y quedaba descansado y satisfecho cuando lo aspiraba. Poco á poco pude hablar y me incorporé en la cama. A los veinte días volví á mi casa, acompañado de Juan Manuel. En el camino me dijo:

—Creo que tu vida está ya asegurada para otra nueva época; pero cuida mucho de no echarla á perder; porque ahora estás expuesto, lo mismo que antes, á que cualquiera enfermedad ó accidente violento te mate. Yo no he hecho más que prolongar tus días, renovando la causa ó el sostén de la vida. Lo que nos conviene es callar y aguardar.

Pasó algún tiempo; mi salud y mi

robustez eran envidiables, por más que continuaba persistente aquel extraño padecimiento del pecho, al compás de la respiración. Jamás podía convencerme de que Juan Manuel hubiera acertado en sus proyectos; así es que consideraba la operación como una imprudencia cometida por ambos durante la embriaguez, y esperaba morir á la edad en que mueren los ancianos.

Cinco años más adelante, mi rostro estaba más sonrosado, mi pulso más fuerte, y ¡cosa extraña! la porción calva que tenía antes á la cabeza se había vuelto á cubrir de hermosos cabellos blancos. Yo estaba asombrado; mis fuerzas y mi apetito se reduplicaban, y las arrugas que tenía en las manos desaparecieron.

Juan Manuel, que entonces acababa de cumplir sesenta años, mos-

trábase loco de contento; pasaba conmigo horas enteras fumando y me contemplaba con todo el interés y cariño con que un artista mira á su obra predilecta.

--Lo que me asusta—le decía yo— es este raro y constante malestar de mi pecho.

—Y á mí también,—añadió—; hace cuatro años que estoy pensando en ello y no atino la causa. Cuando un hombre muda de casa, le extraña la nueva habitación por unos cuantos días, pero al fin se acostumbra á ella y vive perfectamente. ¡Hombre, qué diablo! Al cabo de cinco años ya podía la sangre de mi nieto haberse acostumbrado á correr por tu cuerpo.

Transcurrieron otros tres años, y mi rostro aparecía más colorado y mi salud y mis fuerzas eran mayores.

.....

A mis noventa y tres años iba á cazar corzos con todo el brío de un joven. El día que cumplí los cien acudieron á mi mesa todos mis parientes, menos unos diez y ocho que habían fallecido, de los que asistieron al convite de mis ochenta y cinco. El curandero había avejentado mucho; su salud decaía visiblemente, y tan solo en sus ojos brillaba una expresión de vivacidad y satisfacción marcada, por la que calculaba yo cuánto era lo que gozaba y lo que esperaba al contemplarme. El pobre apenas bebía ya sagardúa; yo continuaba apurándola á vasos sin cuenta.

Una mañana, muy temprano, vino á mi casa, se encerró en mi cuarto y me dijo:

—¿Te has convencido ya?

—Sí, amigo, estoy completamente convencido.

—Pues bien; si aguardamos más tiempo, se malogra todo. Yo me siento muy débil, y si te he de decir la verdad no me conformo con morirme, teniendo en mi mano la vida. Pero hay una dificultad: aquí no podemos continuar viviendo para repetir y explotar mi descubrimiento. Nos perseguirán sin tregua. Es, pues, preciso que hagas un gran sacrificio por mí; vámonos á Francia.

—¿A Francia?

—Sí. Allí gozaremos de nuestra maravillosa conquista; allí te iniciaré en mi secreto, me harás la operación, y si nos tiene cuenta, la daremos á conocer de aquí á cien años.

—Te debo esta segunda vida y te obedezco.

Recogí unos cuantos celemines de onzas de oro que tenía guardados, compramos dos soberbias mulas, y

.....

con excusa de que íbamos á cumplir un voto á la Virgen de Arrate, tomamos el portante hacia la frontera.

IV

Establecimos en Burdeos nuestro pabellón, y Juan Manuel empezó á instruirme en su secreto. Mi inteligencia, lejos de irse perdiendo, aparecía más clara, y mi vista, de présbita que había sido, se convirtió en serena y regular. Por lo demás, á la verdad, sentía yo así como una pena íntima al pensar que no me moriría nunca, y cuando divisaba algún entierro, me ocultaba en una puerta ó cambiaba de calle, como considerándome culpable de no haber indicado, al que llevaban á cuestras, la manera de no morirse.

Mis cabellos se iban poco á poco volviendo negros, y mi apetito era

.....

cada día mayor. Juan Manuel estaba completamente asombrado. Yo parecía á mis ciento seis años mucho más joven que él, y su espanto subió de punto cuando le confesé que me era muy simpática la hija de nuestra ama de huéspedes, Mlle. Barts, y que me inclinaba á casarme con ella.

Como en el mundo todo se sabe, la ciudad entera se alarmó cuando corrió la noticia de que iba á tomar esposa un hombre de ciento seis años. Me acosaron, me sitiaron, me dibujaron, y mi casa se convirtió en una Babel.

—Tulocurá puede costarnos cara —dijo con gran tristeza el curandero—. Ahora que me disponía á que me operaras, se ha divulgado por todo el pueblo la noticia de tu edad; y en toda la Francia se hablará muy

pronto de ti. Estoy profundamente disgustado, y me he dispuesto á abandonarte y á morirme de pena si no me escuchas.

El pobre viejo se puso á llorar y continuó:

—¿Quieres oirme?

—Sí, soy todo tuyo.

—Pues bien; abandona á Mlle. Barsurt; olvida ese amor insensato, y huyamos, huyamos de aquí.

—¿A dónde?

—A cualquiera de nuestros Estados de América. En cuanto lleguemos, me operas y viviremos en aquella tierra tanto como el río Marañón.

Me despedí de mi acongojada madamadita todo lo diplomáticamente que pude, dejándola un lujoso regalo, y, casi en secreto, partimos en un buque inglés para Veracruz.

Durante la travesía, mientras los

marinos charlaban en su lengua, nosotros, tendidos en nuestro reducido camarote, departíamos amistosamente, siempre ocupados en el mismo tema.

—Lo que yo no me explico, lo que á mí me vuelve loco, es—decía el curandero—esa completa regeneración que se opera en ti, porque, después de mi maravilloso trabajo, era muy natural que se conservaran tus facciones de viejo; que tu pelo canoso y tu calva continuaran; que vieras lo mismo, y que tu estómago y otros órganos no aumentaran en actividad, ya que por mucho que pueda hacer la nueva sangre, podrá ir sosteniendo indefinidamente tu actual estado; pero ¡Dios mío! ¡si sucede todo lo contrario! ¡Si tú cada día estás más joven, más robusto y más lleno de vida!

—A mí—dije yo—lo que me tiene con cuidado es esta revolución completa que tengo en el pecho.

—No creas que lo echo yo en olvido, y muchas noches cuando me pongo á pensar en ella tanto y tanto revuelvo en mi cabeza, que temo llegar á la locura.

Y por no variar, empezaba á hablarme de nuevo de su aparato, de su plan, de sus esperanzas, de su gloria.

Una tarde, mientras dormía yo la siesta, tendido en mi angosto lecho, vino á mí con los ojos desencajados, me sacudió fuertemente, me hizo levantar, me llevó sobre cubierta á uno de los costados solitarios, y cogiéndome del cuello, empezó á examinar atentamente la cicatriz que conservaba en él, desde la noche famosa de la operación. Al cabo de un rato

.....

se dejó caer en mis brazos como anodado, y enjugándose una lágrima con el revés de la mano, me dijo:

—¡Buena la hemos hecho!

—¿Por qué?

—¡Maldito vino!

—¿Por qué?

—¡Horror! ¡horror! ¡horror! y ¡mil veces horror! Eres muy desgraciado, amigo mío.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué has descubierto en mí?

—Ven, ven.

Y cogiéndome con sus manos convulsas, volvimos á bajar á nuestro camarote.

—¡Al fin—exclamó—he dado con la explicación de tu dolor, del estado anormal de tu respiración y de tu regeneración asombrosa! ¡Horror! Cuando en aquella inolvidable noche te inyecté la sangre de mi nieto

con mi maravilloso aparato, estaba yo un poco... ¡vamos! así, un poco...

—¿Mirlis, eh?

—¡Eso es, mirlis! ¡Maldito sagardúa! Tú estabas vacío; tus venas y tus arterias, después de la gran sangría, estaban plegadas como un paraguas mojado, é iban á recibir por inyección el torrente restaurador de la sangre de mi nieto. ¡Maldita cena! Al verificar la operación, yo herí con mi aparato á mi nieto en una arteria, y á ti, ¡oh efectos de la borrachera! ¡y á ti te abrí una vena! Por tus venas corre sangre arterial, y por tus arterias sangre venosa. ¡Qué hacer sino regenerarte! ¡Qué ha de suceder sino dolerte el pecho cuando respiras! Tu circulación marcha al revés. Tú vives también al revés que los demás hombres. Tu organismo se va reconstruyendo, al

contrario de lo que nos sucede á los demás. Toda la humanidad marcha hacia el día del juicio; tú al contrario, tú caminas hacia el sexto día de la creación. ¡Ajustemos la cuenta.

Y se puso á contar con los dedos.

—Estábamos en un error —añadió;—tú no tienes hoy ciento seis años, tienes sesenta y cuatro nada más, porque es preciso contar hacia atrás desde el día de la operación; eres doce años más joven que yo. ¡Maldito sagardúa! Tu corazón y tus pulmones funcionan al revés; cuando aspiras el aire es, como si lo expiraras, y vice-versa... ¡Jesús! ¡Jesús! Yo me vuelvo loco; ¡perdóname!

—Pero, hombre, y eso ¿qué importa?... — le dije. — Yo me siento bien; ¿qué puede sucederme?

—¡Infeliz! ¡Qué ha de sucederte!...

Que cumplirás sesenta años, y luego cincuenta, y después cuarenta... y...

—Pero ¿no se puede corregir eso.

—Imposible; tú eres un caso que nadie ha estudiado, que ningún doctor ni médico han previsto, que ninguna obra refiere, que nadie ha imaginado siquiera, y del cual ningún hombre ha hablado, ni ha oído hablar jamás.

De ti se puede escribir lo más original que se ha escrito en el mundo. Para ti no hay práctica científica; tú eres una paradoja viviente, un absurdo positivo, un imposible real. ¡Perdóname!

—De modo que...

—De modo que para mí eres un caso malogrado. Tú me operarás, ¡sin beber sagardúa, ni vino, por supuesto! después de dos días de

agua clara ¿entiendes? y luego, veremos si observándote bien, puedo curarte. Pero, ¡quía! ¡imposible! ¡imposible!

—Y ¿qué haremos?

—¿Qué hemos de hacer? ¡Llorar!

Y Juan Manuel se puso á soltar lágrimas como puños, y yo creí deber llorar también, y lloré.

V

Una noche, poco antes de llegar á Veracruz, horrible borrasca hizo pedazos nuestro buque. El curandero, abrazado al cajón que contenía su aparato, se ató á un madero que yo pude coger, y por espacio de dos horas fuimos juguete de las enfurecidas olas.

—¡No puedo más!—exclamaba el pobre viejo;— ¡no puedo más!

—¡Animo!—le gritaba yo:—no te mueras ahora que estás á punto de pasar el umbral de la nueva vida; ¡ánimo! ¡mañana llegaremos á la playa, y pronto serás inmortal!

—¡Imposible!— me contestó;—sé feliz ¡toma! —y me alargó la caja.

—¡Animo, que aún es hora!—añadí yo, al mismo tiempo que un golpe de agua nos sepultaba en los abismos.

Cuando volví á flotar, agarrado al madero, habían desaparecido para siempre Juan Manuel y su caja.

Poco después una lancha de Veracruz recogió á todos los náufragos que sobrevivíamos.

Al día siguiente me hallaba sentado en una taberna de la ciudad, con mi pipa entre los colmillos y con la cabeza sostenida entre las manos, discurriendo tristemente.

—¡Pobre de mí! ciento seis, digo,

no, sesenta y cuatro años, y cada vez más joven; ¡y Juan Manuel y su secreto en el fondo del mar! Sólo en esta tierra desconocida... es decir, sólo no, porque aún conservo ceñido al cuerpo, un cinto lleno de onzas de oro. ¡Si me volveré loco! El curandero tenía razón; yo vivo al revés de todos los hombres; mi imaginación y mi modo de pensar deberán ir también al revés. Consultaré á un médico: pero no me entenderá, no me creerá. ¿Volveré á mi caserío? Imposible; me tomarán por una alma en pena.

Así estuve luchando largo rato conmigo mismo, hasta que, muerto de sueño, quedé dormido sobre el mantel, lleno de migajas, que tenía delante.

Algunos días después me ajusté con una caravana de arrieros y salí

para Méjico. ¿A qué? A nada; á vivir, pensando en mi triste fortuna. Cuántas veces, al atravesar de noche aquellas hermosas y fértiles cañadas llenas de vida y de vegetación, mientras mis compañeros de viaje cantaban al compás de las campanillas de la recua, pensaba yo, al vislumbrar en el horizonte los primeros fulgores del día, enjugándome una furtiva lágrima.

—¡Ah, el sol! cuando vuelva á salir seré un día más joven; mañana será para mí ayer, y el año que viene, el año pasado!

En Méjico compré una hacienda y dos criados, y viví quince años entretenido en la lectura y en la contemplación.

Jamás trabajé en nada. ¿Para qué había de trabajar? Yo oía decir constantemente á mis vecinos: «Cuando

yo llegue á viejo habré reunido un capitalito, que hoy formo con mi trabajo, y lo pasaré bien», y en cambio pensaba yo para mí: «Cuando yo llegue á joven no faltará un ciego á quien servir de lazarillo y cuando sea muy niño también encontraré alguna buena mujer que me dé que mamar».

A mis cuarenta y nueve años, es decir, á mis ciento veintiuno, mi transformación era completa. Hermosa barba negra me caía hasta el pecho; mis ojos brillaban llenos de calor y animación; mi musculatura redoblaba en fuerza y actividad, y mientras que mis criados indios iban envejeciendo, había yo perdido por completo mi joroba naciente de anciano y mi arrugado conjunto.

—¡Amo español se tiñe el pelo y se plancha la cara!—decía un cria-

do que me conoció de sesenta años.

—El vizcaino *parece* que está cada día más joven y más guapo,—repetían á menudo las vecinas de mi barrio.

Había por cierto, entre ellas, una morena de treinta años, que me tenía muerto con sus encantos. Nos obsequiábamos de cuando en cuando con regalitos, y al fin descubrí que nos teníamos amor, que nos queríamos mucho. Pensé en casarme, y ¡triste de mí! me declaré vencido como siempre.

—De aquí á poco tiempo—discurría yo—tendré su edad y ella la mía, y poco después nuestros hijos serán más viejos que yo. ¡Si ella conociera mi verdadera edad! Pero, mi verdadera edad ¿cuál es? ¿Tengo la que se cuenta desde que nací? ¿Tengo la que tengo hoy ó la que me



.....

falta para volver á empezar? ¿Cómo se cuenta esto? ¡No puedo amar, ni casarme, ni tener ilusiones, ni vivir! Mi tormento moral es insufrible, y es preciso que termine.

Decidido á hacerme matar, fuí en calidad de voluntario, con los soldados que envió el virrey en 1821, contra los indios insurrectos del río Guirrimani, peleé siempre en los puestos de mayor peligro; pero las flechas, las balas, los lazos y las piedras del enemigo, me respetaron.

Terminada la insurrección hice amistad con los indios y me dediqué á la vida de cazador, con otros cuantos compañeros, en aquellas selvas. Bien pronto aquellas pobres gentes me tuvieron por un sabio. Mi larga experiencia, mis aventuras, mis recetas y sobre todo mis muchos conocimientos, que yo les demos-

tré tener, sin explicarles el secreto de mi vida, les maravillaban en extremo. Mirábanme, sin embargo, con mucha desconfianza, porque no acertaban á entender cómo sabía tanto y daba tantas noticias de todo, y cómo siendo tan viejo aparecía yo tan joven y tan robusto. Entre ellos cada cual llevaba su mote y á mí me lo aplicaron pronto; llamáronme: Yhokerr-oytcho; esto es, *¡El gran mentiroso!*

Veinte años permanecí en las selvas. La extraña mezcla de emociones de aquella vida salvaje, que si la escribiera formaría un libro admirable, y mis continuas abstracciones contemplativas sobre mi estado fisiológico, habían variado completamente mi carácter. Se agriaba en demasía mi genio, conforme me iba haciendo joven y vivía en creciente

impaciencia y excitación nerviosa y en perpetua calentura, á juzgar por el estado de mi pulso.

Había reunido, sin trabajo, cerca de medio millón de duros, y los miraba con la misma indiferencia que si fueran una fanega de castañas. Sólo en una ilusión hallaba complacencia, porque me ligaba con el entretenimiento y con la historia de toda mi vida: en la costumbre de fumar en mi vieja y mugrienta pipa del caserío de Gusurrandi.

Aburrido del mundo salvaje, determiné trasladarme á los Estados Unidos, presentarme al médico más sabio; explicarle todo lo que yo recordaba del aparato de Juan Manuel, y someterme á una nueva inyección, bien hecha, en cuanto diéramos con el secreto. Me despedí de mis buenos compañeros de las sel-

vas, que me llenaron de regalos, abrazos y recuerdos; dejé los hermosos é inolvidables horizontes del Kesuho, atravesé á Kansas, Kentuncki, el Ohio y la Pensilvania, y el día 5 de Junio de 1841 tomé posesión de un lujoso cuarto en el New-Haven Street-hill, sección 8.^a, calle 18, de New-York.

IV

Tenía entonces, contando hacia el juicio final, ciento cuarenta y un años, y contando hacia la creación del mundo, veintinueve.

Me presentaron al doctor Ph. R. Clerk-Maxwell, quien al oír el objeto de mi consulta, puso la cara más extraña que puede ofrecer un yanqui cuando le dan un puntapié. Examinó todo mi cuerpo, mis papeles,



mis recuerdos de tantas edades; me palpó mi cicatriz de marras; hizo que le dibujara una semejanza del aparato del curandero, y concluyó por quedarse contemplándome extático por espacio de un cuarto de hora. Después se encogió de hombros, arqueó las cejas, estiró los labios, sacando la lengua al mismo tiempo, y concluyó diciéndome:

—¡Vuelva usted mañana!

Volví, en efecto, y hallé en su gabinete otros dos graves doctores, que, al verme entrar, clavaron en mí sus ojos, mirándome al través de sus darados lentes. Les expliqué de nuevo mi historia, mientras uno de ellos tomaba notas, y cuando terminé, se miraron unos á otros, haciendo gestos de extraordinaria admiración. El dibujo del aparato de Juan Manuel fué el objeto predilecto de su discu-

sión. El honorable Clerk-Maxwell me ordenó que quedara en su casa para verificar la observación y las experiencias acerca de mi estado.

Duraron éstas quince ó veinte días, durante los cuales me alimentó, ya con agua sola, ya con manteca y pechugas de pichón, ó ya con féculas y grandes trozos de carne asada, que me hacía tragar casi á la fuerza. Practicó en mis brazos tres grandes sangrías y sometió la sangre á un sinnúmero de análisis y pruebas. Cada día venían á verme cinco ó seis doctores nuevos. Clerk tenía en su casa un verdadero anfiteatro, al cual me condujo al cabo de los veinte días, y en él encontré reunido una especie de congreso médico que presidía un mister viejo y respetable.

Me senté frente á ellos como un reo en un tribunal, y Clerk leyó un

informe científico, declarando que realmente mi existencia era un misterio y que debía someterse a una observación de cinco ó seis años, en obsequio á la ciencia. Un murmullo confuso acogió sus últimas palabras. Después se levantó el venerable sir Down-Sehouard y dió lectura de otro contra-informe, sosteniendo que yo estaba loco, de una clase de demencia no determinada todavía, y que mis noticias y mis recuerdos eran producto de una imaginación enredada y fatal.

Protestaron varios doctores; apoyó el presidente el último dictamen; discutieron por espacio de dos horas, y después de una algarabía infernal de gritos, campanillazos, insultos, amenazas y alguno que otro coscorrón, se votó el punto, y... fui declarado loco, y conmigo el doctor

.....

Clerk, por ocho votos contra cinco, en esta forma:

Dijeron que sí: G. Klein, Rass, Nilhewer, Pretswich, Rham, Thompson, Down y Ghothars.

Dijeron que no: Clerk-Maxwell, Fhiis, Williams, Fegel y Thieppe.

Y no dijeron nada: Freffield, N. Feeldt y Turglion.

Al llegar á la fonda me encontré con la cuenta del doctor.

Sus experiencias, tratamiento, alimentación y dictamen estaban valuados en ocho mil pesos. Las visitas, consulta y dictamen de sus colegas, lo mismo de los que habían votado en pro que en contra, que de los que se callaron, importaba en suma (apareciendo en esta cuestión perfectamente unánimes), veinte mil pesos. ¡Me había descuidado en confesar á mister Clerk que era millo-

nario! Le pagué religiosamente, y me encontré peor que antes de la consulta, con mi estado más abatido, con mi existencia anormal sin remedio alguno, y con mi bolsillo algo más exhausto. Tomé pasaje en un buque para España, convencido de que el pobre curandero Juan Manuel sabía más que todos estos doctores juntos, y no pensé en otra cosa que en realizar mi sueño de toda la vida: el de morir en mi patria, en mi caserío de Gusurrandi.

VII

Cuando puse el pie en el puerto de G... me rodearon dos agentes y me condujeron á la cárcel.

¿Por qué?

Un compañero de viaje, cumplido caballero al parecer, y al cual presté durante la travesía algún di-

nero, intimando con él, me había delatado al capitán del buque, diciendo que yo era un famoso ladrón, que venía á España con los fondos de una gran sociedad americana. Protesté ante el tribunal y dí pruebas de mi inocencia; pero como no pude presentar testigos, y como, en cambio me encontraron mucho dinero, cerró la justicia los ojos, ó los abrió demasiado, corrió por entre la curia el hallazgo del gran filón, me encerraron en un calabozo, empezaron á amontonar papel sellado, no me oyeron mientras enviaban inútiles exhortos á todas partes, y continué sepultado por laigo, muy largo tiempo.

Contáronse de mí cien aventuras supuestas, y hasta los ciegos cantaron en las coplas la mentida procedencia de los millones que traía

conmigo. El ruido que metió mi causa al principio fué enorme, y tomaron parte en ella, yo no sé para qué, tantos jurisconsultos como médicos me habían estudiado en New-York. Pensé algunas veces escribir á mi tierra á fin de que se presentaran algunas personas que respondieran de la mía... pero ¡quién viviría de los que yo conocí! Y si vivía alguno, ¡cómo había de conocerme! El carcelero me miró siempre con gran prevención, y á duras penas logré que me diera papel y útiles para escribir mis memorias. Llevó los primeros pliegos de ellas al juez, y como estaban redaciadas en vascuence, no logró ni aun empezar á leerlas, y me las devolvió, diciendo á mi severo guardián que allí no decía nada y que aquéllo era la obra de un loco. Concluyó el carce-



.....

lero por redoblar sus medidas de precaución, poniéndome dobles puertas á mi calabozo y haciéndome el servicio por un agujero situado al nivel más bajo de la entrada.

Yo no sé á quién se le ocurrió mandar hacer una visita de cárceles. Cuando llegaron á mi estancia, el carcelero dando un grito de asombro retrocedió asustado. El había encerrado á un hombre de treinta años, alto, colorado y con toda la barba, y se encontró á un mozalbete de unos dieciocho á veinte, sin un pelo casi en la cara, y envuelto en los harapos de su antiguo traje, que, á la verdad, me estaba muy holgado.

Lleváronme de nuevo ante el juez, y entonces supe que había estado encerrado más de diez años, y que de mi dinero de América ya no quedaba un ochavo. La justicia lo ha-

bía empleado todo «en depurar la verdad.» La que resultó de la nueva investigación hecha con motivo de esta oportuna visita, fué: que yo, no era yo, y que el preso de los millones se había escapado, dejándome á mí en su lugar. El carcelero fué declarado cómplice de tal sustitución, y le encerraron, dejándome á mí en libertad, después de no poder averiguar quién era aquel nuevo yo, que encontraron en mí. Mandaron requisitorias á todas partes para encontrar á aquel yo que había desaparecido, y no le hallaron.

¡Qué le habían de hallar!

A pie, y casi pidiendo limosna, vine á mi tierra.

Pregunté, sin decir quién era, por los que debían ser mis hijos, y me enseñaron á mis nietos, ya casados. Recorrí mi casa y mi huerta, y besé

cien veces aquellas piedras, que hacía un siglo fueron testigos de mis alegrías.



Lleno de profunda tristeza, y como avergonzado, huí. Si hubiera dicho y sostenido quien era yo, ¿quién lo

hubiese creído? Seguramente al haberlo hubiera dado de nuevo en la cárcel ó en la casa de locos, perseguido por los míos.

Volví á Madrid, donde por espacio de doce años fuí criado, monaguillo, fosforero, vendedor de periódicos, limpia-botas, arenero y no sé cuántas cosas más. Durante ese tiempo continué escribiendo mis memorias y fumando en mi querida pipa de barro. Mi inteligencia se conservó y se conserva aún clara, pero cada día tengo peor forma de letra, y creo que concluiré por no saber y por no poder escribir, es natural.

En 1863 tenía yo siete años, ó sean ciento sesenta y tres. Hoy tengo seis, me he reducido á mucho menos de mi altura total; se me han caído los dientes de adulto y me han salido los primeros. Hermosos cabellos

rubios cubren mi cabeza, y el poder de mi entendimiento se va aniquilando con mis fuerzas y mis tendencias de niño...

Andando, andando y sufriendo mucho, he vuelto á mi país; digo que soy huérfano y pobre, y me dan limosna en todas las casas. Pero estoy contento, porque aun pidiendo limosna, ¡cuán consolador es el vivir al lado de la casa donde uno ha nacido!»

(Aquí estaba muy emborronado el manuscrito, y más adelante decía, en una letra apenas inteligible):

«Me es imposible sostener la pluma ni acertar á escribir unas letras al lado de otras. No sé lo que será de mí. Sólo ruego al que me encuentre algún día, cuando ya no pueda pedir, ni comer, si lee estos papeles, que me recoja y me [lleve á mi casa

de Gusurrandi, porque deseo morir en ella.

JOSÉ ANTÓN. »

Mientras yo leía, se habían puesto en pie, como espantadas las mujeres que me rodeaban, y haciendo signos de admiración y de horror, se santiguaban á menudo. Cuando terminé, exclamaron en coro.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Santa Bárbara bendita! ¡Imposible es creer eso! ¡Imposible!

El ama de la casa se había desmayado en brazos de su marido.

—¡Satanás era esa criatura, señor! —me dijo Gusurrandi en su lengua semivascongada.

—No, amigo mío,—le contesté—, era su bisabuelo de usted, y al cual su mujer de usted ha dado de mamar!!!

Las mujeres se santiguaron de nuevo y echaron á correr. Gusurrandi me consultó acerca de lo que convenía hacer.



—¡Pues nada!—le dije—; tranquilizar á su esposa y darlo todo al olvido.

.....

Al día siguiente me despedí de ellos.

Todas las mujeres de la reunión habían soñado aquella noche que Juan Manuel el curandero, completamente embriagado, les había puesto su aparato á la garganta.



ESTA HISTORIA

Tomé el tren de la tarde en Palencia el 5 de Diciembre de 187..., para ir á esperar en la estación de Venta de Baños, á mi madre, y acompañarla á Medina del Campo. En el departamento en que me metí iba un solo viajero, envuelto en su manta, con un gorro de pelo, calado hasta las cejas, y sin que pudieran distinguírsele más que unos ojillos verdosos en el fondo de sus arrugadas ojeras, y la colorada punta de la na-

riz. Según la moda corriente, no le di las buenas tardes al entrar; me senté, abismándome en el amplio cuello peludo de mi abrigo, metí cada una de mis manos en la manga opuesta, á estilo de fraile, me miró mi vecino, le miré yo, y á un tiempo cerramos los ojos en prueba recíproca de que nos éramos completamente indiferentes. Poco antes de llegar á la estación el tren se detuvo y retrocedió un centenar de metros, para ejecutar, sin duda, alguna maniobra del servicio. Entonces mi vecino, levantando su cabeza de pájaro [raro, coronada por la montera moscovita exclamó:

—¡Pues señor, volvemos atrás!

—¡Volverá usted!—repuse yo con áspero acento.

—¡Y usted también!—añadió el del gorro, encarándose conmigo.

—¡Yo,—repetí—, yo no vuelvo atrás nunca!

—¿Cómo que no, si estamos volviendo todos ahora?

—El tren vuelve, nuestros cuerpos parecen que vuelven también, pero, señor mío, nuestras vidas siguen marchando hacia adelante, siempre hacia adelante, y no retroceden nunca. ¿Está usted? Díglele esto poniendo mi nariz casi en contacto con la suya, á modo de provocación; y el hombre, sin inmutarse, ni separarse, repuso:

—De modo que marchamos á la vez hacia atrás y hacia adelante, ¿eh?

—Sí, señor, contesté.

—Está bien; cada día se aprende algo nuevo. ¡Está bien!

Y sin decir más, tornó á esconder su rostro en las vueltas del cuello de su abrigo, se recostó en el rincón,

cerró los ojos y no volvió á decir una palabra. El tren, recobrando su marcha anterior, llegó pocos momentos después á Venta de Baños. Nevaba copiosamente cuando echamos pie á tierra. El jefe de estación me hizo saber que el tren de Vitoria estaba detenido en la Brújula, cercado por la nieve y que ignoraba cuándo llegaría á Venta de Baños. Eran las siete de la noche. En el restaurant saludé á mi antiguo amigo, el fondista M. Bautista Barbotán, quien enterado de mi viaje, me dijo:

—Siento la detención del tren del Norte por su señora madre de usted; pero la celebro por nosotros, ya que así podremos cenar juntos y charlar despacio. Espere usted á que concluyan de comer los viajeros, y mientras tanto voy á hacer que nos preparen la mesa en mi cuarto. Allí te-

nemos buena chimenea y buen Medoc y exquisito *fine Champagne*. ¡A mal tiempo buena cara!

Mientras el fondista daba sus órdenes estuve sentado al calorcillo de la chimenea de coque del comedor, entre un grupo de viajeros que habían venido en el tren de León y que se lamentaban de que el temporal les obligara á permanecer tal vez largas horas en aquel desierto. Entre ellos estaba mi vecino de compartimiento, el del gorro peludo. Ni hablaba ni parecía ocuparse de lo que los demás decían. Había comido y fumaba un enorme cigarro, que bien merecía el nombre de botafumeiro. Su presencia me recordó las pocas palabras que cambiamos en el tren, y pensando en ellas me pregunté:

—¿Por qué no podría volver nuestra vida al punto de partida, como

vuelve el tren al de salida, si el maquinista quiere? ¿Por qué ir siempre hacia la vejez y no retroceder desde un día dado hacia la juventud y la niñez? Confieso que me enamoré de tan estupendo problema y que, dándole vueltas y buscando su 'resolución,' pasé para mis adentros un placentero rato, como he pasado tantos en mis horas de soledad y de ocio, tramando los argumentos de algunos centenares de narraciones absolutamente originales y jamás pensadas, hasta que las he dado á la imprenta en estos treinta años, como publicaré otras muchas, que guardo bien [hilvanadas. Semejante labor, tan agradable y bienhechora para el alma y para el cuerpo, me ha evitado el peligro de entregarme á pensamientos y cavilaciones ruines, el perderme en los confusos y estériles

laberintos de la filosofía multiforme que en todos los tiempos ha perturbado y hundido [tantos cerebros; el soñar y proyectar quiméricos planes económicos; el engolfarme en exaltaciones políticas y en honduras religiosas y el dejarme arrastrar por la volcánica lava de las calenturas y pasiones amorosas. Sorprendiendo en las vulgares acciones de la vida privada y social de las gentes que trato en el mundo, lo mucho de extraordinario, de misterioso ó de natural y lógico que, sin darse cuenta de ello, les impulsa á realizarlas, he urdido el enredo de muchos cuentos é inverosímiles historias, narrándolos en lenguaje sencillo y corriente, para que todos los entiendan y á nadie cansen. Así he ahuyentado siempre, lejos de mí, el hastío y el aburrimiento; he conservado, con el hu-

mor, la alegría de mi corazón, y manteniendo á éste bien equilibrado he sostenido invariable mi salud.

Me hallaba discurrendo acerca de la transcendental cuestión de retroceder en la existencia, mientras fumaba algunos cigarrillos y mientras iba aumentándose el número de viajeros que se arrimaban á la chimenea enrojecida á fuerza de las paletadas de coque que se consumían, cuando Barbotán me avisó que me esperaba sentado á la mesa. Era aquel simpático gascón un excelente cocinero, y tenía á sus órdenes otro efectivo, que sabía mucho más qua él en el divino arte de dar gusto al paladar. La *cena* fué escogida, digna del obsequio amistoso de un gastrónomo veterano. Empezó á las ocho, y llegamos á los postres á las once menos cuarto. Bebimos bien, con sosiego y

método, y hablamos mejor, sin orden ni concierto. ¿De qué? De todo. De *omnia re* hispano-francesa, vasco-gascona, de los recuerdos de la lejana juventud de Barbotán y de los proyectos de la presente juventud mía. Con el café y el *fine Champagne*, con su pipa, diez veces cargada, Barbotán discurrió, peroró y rió como un bendito; yo, consumiendo algunos habanos cortos, redondos, suaves y muy aromáticos, sostuve su buen humor contándole las mil y mil peripecias de la vida de estudiante y de mis excursiones por las minas, castillos y conventos ruinosos, pueblos, ventorros y casas de hidalgos é hidalguillos de Castilla, Navarra, Provincias, Asturias y León. A las once y media Barbotán se retiró, indicándome dónde se hallaba mi dormitorio.

No lo utilicé. ¿Para qué? El tren en que venía mi madre, lo mismo podría llegar de allí á dos horas, que de allí á seis ú ocho. El comedorcillo estaba lleno de humo, el ambiente muy caldeado y mi cabeza más. Para despejarla salí al comedor de los viajeros, la mayor parte de los cuales dormían arrebujaados en sus abrigos y sentados en sus sillas, donde les había rendido el sueño. Di varios paseos en el local, sin conseguir que mi cabeza se despejara, y pasado un buen rato, me arropé y salí al andén.

Desde los lejanos horizontes de Magaz, cuyos cerros blanqueados por la nieve dibujaban su pelada silueta sobre el fondo obscuro del cielo, soplabá un aire Nordeste que iba congelando la nieve de los andenes. Allá hacia el Mediodía alzábáse el cerro de Tariego sobre las hondona-

das del Pisuerga, y tanto la torre del telégrafo viejo, como el caserío del pueblo se destacaban fantásticamente en caprisosos relieves, aclarados por el resplandor del suelo. A un lado, figuraba un abrupto montón, que más parecía de nieve que de casas, y señalaba la situación de la aldea de Baños, con su solitaria basilica bizantina del rey Recesvinto. Por el lado opuesto se confundían en una borrosa mancha las planicies de San Isidro y de Onecha con el celaje obscuro, en medio del cual iba declinando con pobre y pálido resplandor la luna menguante.

En derredor mío reinaban la soledad y el silencio, alguna vez interrumpido por la vibración de los alambres telegráficos, cuando las ráfagas del viento chocaban en ellos. El frío era muy intenso. Sin duda

alguna aquel desierto de Venta de Baños, cerca del cual se unen las dos cuencas del Pisuerga y del Carrión, es el punto más frío del centro de la meseta de Castilla. ¡Cuántas veces al detenerme en él á las siete de la mañana, en mis excursiones á Valladolid, he visto que el termómetro marcaba diez bajo cero! No había en aquella noche más luz que la del mísero farol, escarchado por la nieve, puesto sobre el reloj de la estación. Y ¿para qué mayor claridad que la que reflejaba el suelo tapizado por la nevada?

Paseando sobre ella, unos diez minutos, me sentí perfectamente despejado; y huyendo del aire, que cada vez arreciaba más, volví al comedor de Barbotán. Eran las doce. El jefe de estación me dijo que no había noticias de que el tren del Norte se

hubiera puesto en marcha. ¿Qué hacer? No sentía sueño, ni cansancio alguno. Volví á pensar en el problema del retroceso de la vida, lo maduré bien, llené el hornillo de coque, saqué el rollo de cuartillas y el tintero de viaje que siempre llevo conmigo, tomé una cõpita de *fine*, encendí un cigarro y me puse á escribir en la mesa donde habíamos cenado. Voló la pluma sobre el papel, hice multitud de paradas al terminar cada dos ó tres cuartillas, y á las seis de la madrugada recogí el montón de ellas, donde quedaba escrito EL RECIÉN NACIDO. Leyéndolas me hallaba á las siete, cuando entró el jefe á decirme que el tren llegaría á las doce de la mañana, sobre poco más ó menos. Terminada la lectura me arropé bien y me dormí en una butaca, lejos de la chimenea. A

las once vino Barbotán á despertarme. Se maravilló de que no me hubiera acostado, y se maravilló más aún al saber que había pasado la noche escribiendo.

—¿Y qué ha escrito usted?—me preguntó.

—Un cuento.

—¡Un cuento! Pues hay que leerlo mientras preparan el almuerzo—añadió.— Almorzaremos con su señora madre, en cuanto llegue.

Tomó asiento el fondista, encendió su pipa, y yo, muy sosegadamente, fui leyendo las cuartillas. Al oírme, empezó Barbotán á hacer aspavientos y gestos de asombro; y para dejarle que diera rienda suelta á sus carcajadas, tuve que suspender la lectura muchas veces.

—¡Lástima! ¡lástima de equivocación la del curandero!, exclamaba

.....

con verdadero pesar, como si se tratara del relato de un hecho cierto; pero, ¡qué demonio! tan maravilloso como el no morir nunca, es lo que ocurrió, el vivir hacia atrás, el llegar á ser niño de teta un bisabuelo! ¡Oh, esa es una *historia increíble!*

—Me parece bien la calificación, y así la denominaré—le dije.

Prometí enviársela en cuanto la publicara, porque me lo rogó con insistencia; y mientras él se fué á ordenar el servicio culinario y despacho del mosrador, salí yo á tomar el sol, que bien refulgente y hermoso había evaporado la nieve de aquellos alrededores. A la una llegó mi madre; almorzamos, y pocas horas después entramos en la casa de Aguirre, de Medina, donde nació, el día de la Concepción, mi sobrina

y ahijada Conchita de Aguirre de Bengoa.

* * *

El 5 de Diciembre de 187... hice de nuevo otra excursión, yo no sé con qué motivo, desde Palencia á Venta de Baños. Llevé en el bolsillo algunos periódicos franceses para entretenerme, y con gran asombro mío leí en el folletín científico del *Journal des Debats*, que el eminente médico francés Dr. A. Guérin, había efectuado, en un enfermo, la transfusión de la sangre, tomándola, no de un cordero ó de otro animal, como hasta entonces se venía haciendo, sino de un niño. ¡Cosa más rara! Yo, sin ser médico, ni cosa semejante, la había transfundido así un año antes, desde el cuerpo del nieto del curandero Juan Manuel de Ur-

subil, al del octogenario José Antón de Gusurrandi.

Tuvo la historia increíble de EL RECIÉN NACIDO una suerte loca. Publicada en 187... en el *Irurac-bat* de Bilbao y reproducida en muchos periódicos españoles, la publicaron después varias Revistas hispano-americanas y dos diarios ingleses y uno de Sidney, que conservo. Quiere decir que EL RECIÉN NACIDO dió la vuelta al mundo, y perdone el lector el modo de señalar. Ahora, al través de tantos años, ha querido mi amigo el muy entendido bibliófilo editor Sr. Rodríguez Serra, sacarla de nuevo á luz, y aquí está, adicciónada con historia la de tal historia.



CONCURSO DE NOVELAS CORTAS

PARA LA

Biblioteca Mignon

BASES

1.^a La BIBLIOTECA MIGNON abre un concurso para premiar una novela corta.

2.^a El premio consiste en la cantidad de *300 pesetas* y una edición especial de 250 ejemplares del trabajo premiado.

3.^a Los trabajos que se presenten al concurso, habrán de ser inéditos y originales, y su extensión, poco más ó menos, la que acostumbra á tener los trabajos que se publican en dicha Biblioteca.

4.^a En el concurso podrán tomar parte todos los literatos españoles y americanos.

5.^a Este concurso se cerrará el día 1.^o de Septiembre de 1900.

6.^a Se publicará el nombre del autor premiado en la prensa local y en el tomo que aparecerá en los primeros días de Septiembre.

7.^a El trabajo premiado verá la luz en el tomo de la BIBLIOTECA

MIGNON correspondiente al mes de Octubre.

8.^a Los trabajos se entregarán en la Administración de esta Biblioteca, Palma Alta, 55 duplicado, 2.^o izquierda. También podrán dirigirse por correo certificado á nombre del Director.

9.^a Los manuscritos se entregarán, en paquete cerrado y bajo lema, y en un sobre lacrado, y con el mismo lema, deben ir el nombre y domicilio del autor.

10.^a Forman el Jurado los siguientes señores:

Leopoldo Alas (Clarín).

J. Ortega Muñoz.

Rafael Altamira.

11.^a El Jurado abrirá únicamente el sobre que lleve el lema del trabajo premiado.

12.^a Los trabajos no premiados podrán ser recogidos en la Administración de la Biblioteca, durante todo el mes de Septiembre, de tres á cuatro de la tarde.

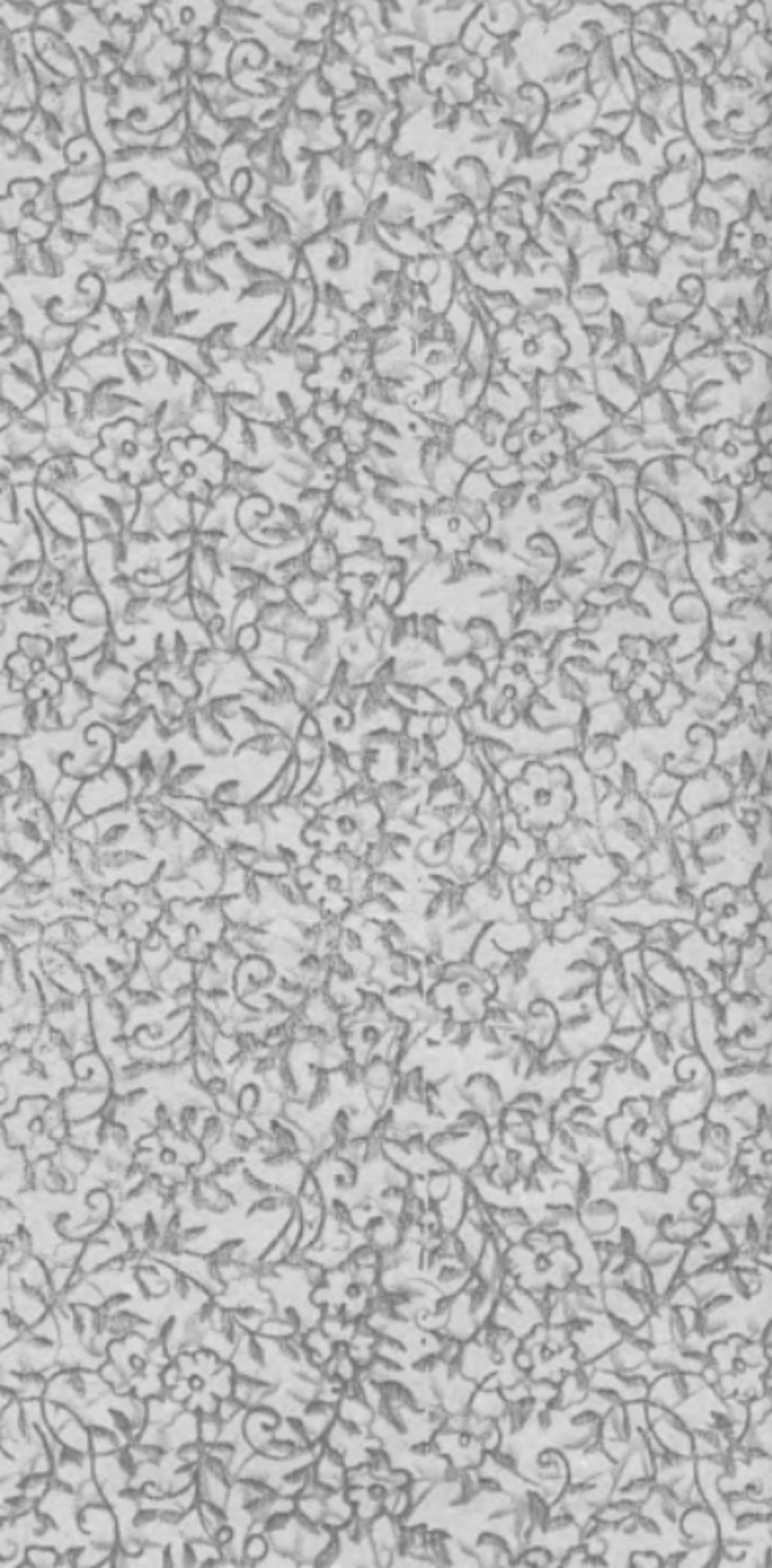


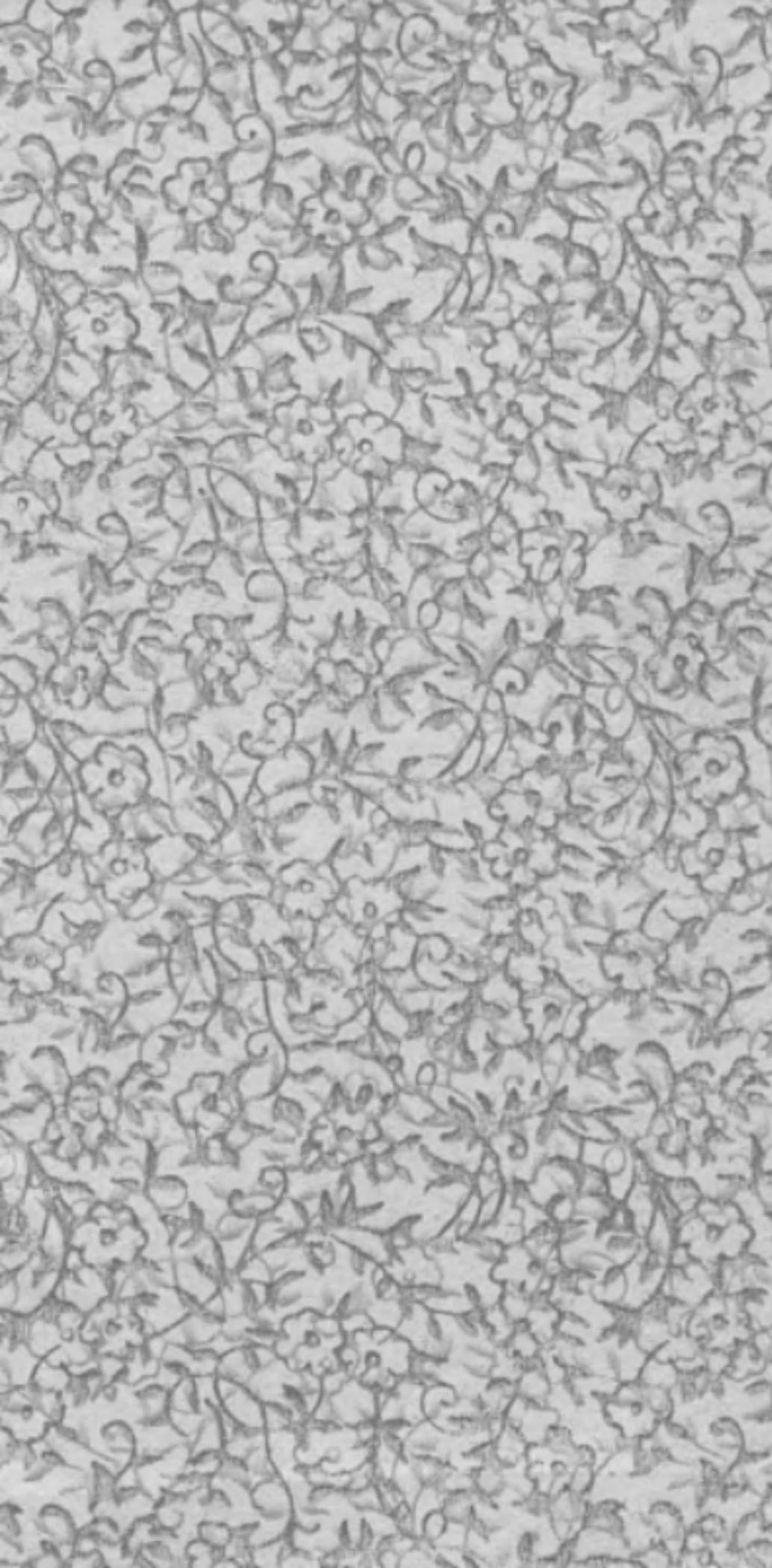


75 cénts.









RECERRO
DE
BENGOA

EL
MOLIN
NACIDO